





Ideas y pensadores de hoy

*El peregrino frente a la tormenta:
Una conversación y tres aproximaciones al pensamiento de Noam Chomsky*



Dr. Fernando León García
RECTOR DEL SISTEMA CETYS UNIVERSIDAD

Dr. Alberto Gárate Rivera
VICERRECTOR ACADÉMICO

C.P. Arturo Álvarez Soto
VICERRECTOR ADMINISTRATIVO

Ing. Sergio Rebollar McDonough
VICERRECTOR DE OPERACIÓN

Dr. Jorge Ortega Acevedo
COORDINADOR DEL PROGRAMA EDITORIAL

**El peregrino frente a la tormenta:
Una conversación y tres aproximaciones
al pensamiento de Noam Chomsky**

*Carlos González Palacios
Teresita Higashi Villavazo
Liliana López León*

Prólogo
Jorge Ortega



EDITORIAL
CETYS
UNIVERSIDAD

*El peregrino frente a la tormenta:
Una conversación y tres aproximaciones al pensamiento de Noam Chomsky*

D. R. © Programa Editorial del CETYS Universidad
Instituto Educativo del Noroeste, A. C.
Calzada CETYS s/n, Colonia Rivera, Mexicali, B. C.
C. P. 21259. Tel. 5685673700
www.cetys.mx

Primera edición, julio de 2019

Edición, corrección y maquetación: Néstor de J. Robles Gutiérrez
Diseño de cubierta: Rosa María Espinoza
Ilustración de cubierta: Carlos Antonio Cruz Rojas
Transcripción y traducción de la entrevista: Viridiana Liera

La presente es una edición de circulación cerrada y exclusiva del CETYS Universidad. Queda prohibida, sin la autorización expresa del editor, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, comprendidos reprográfico y tratamiento informático.

IMPRESO EN MÉXICO

Contenido

Prólogo: Encuentro con Noam Chomsky	9
<i>Jorge Ortega</i>	
<i>The pilgrim face the storm:</i> <i>An interview with Noam Chomsky</i>	17
El peregrino frente a la tormenta: Una conversación con Noam Chomsky.....	37
Noam Chomsky: Esbozo de una biografía intelectual.....	59
<i>Carlos González Palacios</i>	
La <i>mal-educación</i> de las universidades: Nuestra razón de resistir	77
<i>Teresita Higashi Villalvazo</i>	
Chomsky: El Orwell de la No Ficción	93
<i>Liliana López León</i>	
Sobre los autores	109



Prólogo: **Encuentro con Noam Chomsky**

Jorge Ortega

El 7 de septiembre de 2018 un conjunto de ocho profesores del Colegio de Ciencias y Humanidades del CETYS Universidad nos entrevistamos personalmente con Noam Chomsky. La cita tomó sesenta minutos y fue concertada por el doctor Celestino Fernández, un distinguido y generoso académico de la Universidad de Arizona con la que el CETYS, institución educativa de Baja California, mantiene lazos de colaboración. Todo surgió por la iniciativa —¿ocurrencia, acaso?— de un colega que se atrevió a solicitar audiencia con el célebre lingüista estadounidense, habiéndonos enterado ambos por una nota de *El País*, diario español y destacado portal de noticias, de que Chomsky se jubilaba del Massachusetts Institute of Technology (MIT), su guarida desde 1955, y se mudaba a Tucson para incorporarse, a los casi 90 años, a la Universidad de Arizona. Jamás estimamos, lo confieso, que la petición tendría eco. Una vez enviada por correo electrónico, obtuvimos respuesta positiva muy rápido. Ignoro el curso que siguió la diligencia. Lo cierto es que el doctor Fernández nos participaba en su mensaje que Noam Chomsky había accedido a recibirnos en dos semanas, lo justo para organizar la expedición. Era la fecha sí o sí. Por obvios motivos, no está-

bamos en posición de sugerir otra o posponerla. Sin vacilar ni discutirlo, confirmamos asistencia de inmediato con una mezcla de incredulidad y reserva, y nunca renunciamos a suponer que podría cancelarse o tratarse de un equívoco.

Cuatro horas y media en automóvil separan Mexicali de Tucson. Chomsky determinó vernos a las tres de la tarde, por lo que era preciso ponerse en marcha temprano en caso de cualquier imprevisto. Aunque yo conocía previamente la ruta —durante mi infancia y adolescencia fatigué esos andurriales en viajes que realizaba en familia rumbo a Chihuahua “por el lado americano”, como suele decirse— surcar el desierto volvió a obsequiar, como siempre, un goce renovado. Dunas, de entrada, en las proximidades de Yuma, y, más adelante, la ilimitada aridez salpicada a flor de suelo de cactus, biznagas, choyas, cardos, yucas y sauces enanos como los fibrosos vellos de una tierra desnuda. Y, de pronto, a un costado de la carretera, la cresta de piedra ahumada de Picacho Peak, rompiendo la monotonía de un paisaje imbuido en su inquebrantable ascetismo bajo la potestad de un cielo diáfano. Tras un par de escalas técnicas para desayunar, comprar agua y abastecernos de antojadizas vituallas para amenizar el trayecto, alcanzamos nuestro destino poco después del mediodía. Ya nos hallábamos ahí. Convenimos entonces buscar un sitio vecindado a la universidad para comer, estirar las piernas y disponernos a localizar el edificio al que se nos pidió acudir.

Llegamos al Douglass Building —histórico inmueble de 1909, pionero en el mapa del campus— quince minutos antes de lo establecido. Como sea, desde un principio asumimos que en algún momento el renombrado activista podría suprimir la reunión por causas de salud —no hay que soslayar que es un nonagenario—, sentirse indispuerto o haberse levantado con una alteración en su biorritmo. La sala 102 —la coordenada específica— estaba aún bajo llave. Una secretaria vino a quitar el cerrojo. Pasamos y ocupamos las sillas alrededor de una mesa oblonga. Al filo de las tres me lancé a rondar por el laberinto de cubículos del Departamento de Lingüística, y, al voltear hacia el rellano de una escalera, vi descender cuidadosamente a Noam Chomsky con

un joven auxiliar que lo guiaba a la pieza donde esperaban los compañeros. Nuestra mirada coincidió. Me apersoné y ofrecí a encaminarlo. Aceptó con gentileza. La conversación empezaba a constituir un hecho y arrancaba con estricta puntualidad. Ingresamos al recinto e intercambiamos saludos, identificándonos uno a uno. Chomsky asentía con una sonrisa. Por si había duda de ello, convenimos llevar la charla en inglés. A modo de guasa, para atenuar la concesión, se apresuró a añadir que, no obstante, comprendía uno que otro vocablo en español. Risas. Aclaremos que el propósito era plantear unas diez preguntas abiertas para que él se explayara en torno a asuntos de incumbencia mutua.

Más que un diálogo, la conferencia con Noam Chomsky fue un soliloquio oracular y una constatación de su doctrina. Los temas: la noción del fin del mundo, ambientalismo, política internacional, la relación México-Estados Unidos al calor del peculiar estilo de mando de Donald Trump y de un presidente a la sazón electo Andrés Manuel López Obrador, el titubeante porvenir de los estudios humanísticos, legislación y actividad laboral, los riesgos de la democracia, medios de comunicación en el señorío de la tecnología digital, enseñanza y formación, el relevo generacional. Hablaba sin detenerse, con fluidez y esgrimiendo información de toda índole: datos estadísticos, observaciones cualitativas, recapitulaciones, audaces corolarios; transitaba de una latitud a otra sin dejar cabo suelto, uniendo los vértices del argumento a través de los océanos o los hemisferios en una reflexión tejida en abstracto que de súbito cobraba una dimensión práctica. Su longevidad no estaba reñida con la memoria ni la agilidad mental. Era todavía el hombre que polemizó en su butaca, con pasmosa serenidad, con Michel Foucault sobre el Estado policial y los derechos de la ciudadanía: ecuánime, confiado, sagaz, como se aprecia en un video testimonial que acumula vistas en YouTube. Vigor y rigor pensamental regían su dictamen de la realidad planetaria a partir de los conflictos regionales. Contrario al criterio globalista de examinar los sucesos con el rasero de la estandarización cultural, Noam Chomsky semejaba comprenderlos por la suma exponencial de las particularidades étnicas y geográficas.

Descorchó su intervención con una frondosa contestación acerca de la sigilosa epidemia de la polución y la consabida displi-cencia de Washington para aminorar esta amenaza que involucra sin excepción a los cinco, seis continentes mediante el impacto pernicioso del cambio climático. Y remató transfiriendo a la última promoción, la *millennial*, por ejemplo, la libertad de adjudicarse a su manera, o no, la herencia intelectual de los precursores, entre los cuales destacaría la del propio Chomsky, una de las conciencias más incisivas y espabiladas de hogaño. Habría que sopesar por consiguiente si a la generación emergente le preocupa sostener una sana postura escéptica, y por supuesto propositiva, frente a los siniestros cotos de poder y las disyuntivas del mañana. Más allá del imperativo de recurrir a las fuentes de energía alterna —conteniendo la explotación de los combustibles fósiles—, de reivindicar las garantías del empleo, de acusar el aparente fracaso de la universidad como bastión de la crítica independiente, de la dispersión de la convivencia presencial en aras de la entrega ciega a los dispositivos móviles, Noam Chomsky ratificó en el transcurso de la charla el meollo de su avispada inteligencia divergente —deseable en los muchachos del ahora—: la censura de la velada injerencia de los intereses privados y los tentáculos corporativos en la indiferenciada aplicación de la ley y las decisiones más cruciales de una nación.

El universo entero cabe en un grano de arena. Así, en la disección que Chomsky urdía sobre el presente colectivo y su fatídica rosa de los vientos —contingencia meteorológica, fundamentalismo, indolencia, alienación, desigualdad, monetarismo, discriminación—, ratificaba las directrices de su ideario. El sarcasmo y la acritud le servían para barajar y condenar las siete plagas de la edad contemporánea, y, por ende, para reiterar el juicio y la sanción del *statu quo* —lo que una mayoría denomina el sistema—, corresponsable de estas calamidades. En ocasiones su confrontación era franca, a bocajarro: “el Partido Republicano de los Estados Unidos, que es la organización más peligrosa de la historia humana sin lugar a dudas”; oblicua y mordaz, en otras: “Algo en lo que hemos tenido éxito los humanos ha sido en crear

instituciones que se dedican a la destrucción de la vida en sociedad en el futuro cercano”. Y, a veces, la reconvención se vestía de ironía: “el gobierno conservador está intentando convertir a las universidades de primera clase en operaciones comerciales de tercera”. Inferencias concretas y humor cáustico se aliaban para esbozar, en efecto, el afilado veredicto de la actualidad que tanto requerimos para reaccionar ante la pérdida de terreno o la paulatina desvirtuación del contrato social, cimiento y zócalo de un orbe civilizado.

Era, pues, Noam Chomsky puro, en su elemento, disertando, como si en el ágora de Atenas o la plaza pública, frente a un puñado de profesores universitarios de la frontera noroeste de México. Y es que, si la palabra de Chomsky la tarde de aquel verano agónico portaba la estructura de su razonamiento y un simulacro de la defensa de su convicción, en nosotros —en la pluralidad de perfiles allí congregados— bien se cifraba en proporción la indispensable heterogeneidad de una comunidad. Una visión ecuménica y un ecumenismo visionario permeaban su diagnóstico documentado y discrepante. La inconformidad como norma de existencia, que es la actitud que en mi opinión ha venido legando a su legión de lectores. Residente de la patria más poderosa del mundo, no ha cesado de ejercer la autocrítica, o sea, la crítica de su país y de las entidades que incidieron en el desarrollo profesional, la supervivencia y el prestigio de él mismo, comenzando por la academia, si reconsideramos que por más de cuatro décadas fue catedrático del MIT. ¿Cuántos eruditos mexicanos anidados en la universidad, o que labraron su notoriedad en dicho ámbito, han acometido sistemáticamente la crítica de su nación, vaya, la autocrítica, vislumbrando en su ponderación de múltiples escenarios una contribución al arbitraje del estado general de las cosas? Como humanista y adalid de las humanidades, Noam Chomsky ha forjado una estética que es simultáneamente una política que es una ética y cuyo eje lo conforma una fusión tripartita: el cuestionamiento, la consecución de la verdad y el sentido de equidad, aspectos en los que los dobles del lenguaje verbal —la custodia de los significados en la implicación de los discursos— desempeña un papel categórico.

Chomsky dio por concluida metódicamente la entrevista a la hora acordada. Vio el reloj de mano por mera intuición a las cuatro menos cinco. Se paró de repente. Yo me ubicaba enseguida, a su izquierda. Imité su movimiento y le pedí una firma de libros y su anuencia para una foto de grupo. Posamos y alguien accionó la cámara del teléfono. Noam Chomsky volvió a sentarse y empuñó el bolígrafo. Luego se incorporó y despidió con otra sonrisa, abandonando la sala, en la que permanecemos un rato más, asimilando lo acontecido: un encuentro, hace unos días inesperado, con uno de los sabios más icónicos de nuestro tiempo. Desalojamos la pieza y resolvimos deambular por el campus. El sol ardía en los jardines. Estudiantes iban y venían a pie o en bicicleta. Visitamos la biblioteca, que nos reconfortó del fogón de la canícula, acogiéndonos en su arsenal de aire acondicionado, y la tienda oficial, también refrigerada, provista de una decorosa sección de novedades editoriales. Regresamos a paso lento al punto de partida, donde aguardaba el conductor. Me percaté de que había olvidado en el recinto el cargador del celular. Me dirigí de nuevo al Douglass Building y recuperé el adminículo. Pero me topé con Chomsky, que, cogido del brazo de su compañera, se retiraba ya del edificio. Con más calma, nos hicimos en el vestíbulo otra secuencia de retratos. Preguntó si retornábamos a casa. ¿Habrá tenido la tentación de reanudar el coloquio en la cena?

La vuelta a Mexicali pareció más corta que la ida. Charlamos y compusimos el cosmos por un largo tramo mientras la luz declinaba. Arrullados por el cansancio, nos fuimos quedando callados hasta cerrar los ojos. A lo lejos se apagaba el poniente y los presuntos chamizos se insinuaban exiguamente desde la vaga opacidad del yermo. Rebobinaba yo en silencio la experiencia, los segmentos del itinerario, las espontáneas inquietudes de Chomsky, las imágenes del recorrido. Al margen de la filiación o la circunstancia, divagaba sobre la necesidad individual o comunal de la disidencia, imprescindible para encauzar una dialéctica de la prosperidad afinada en un contrapunto que redunde continuamente en una redignificación de la calidad de vida que contemple la integridad de la naturaleza. La noche que caía encima

de nosotros en la vagoneta era la que caía sobre América, la de norteamericanos, centroamericanos, sudamericanos; la madrugada aún oscura de Europa, África y Oriente Medio; la fraternidad de una atmósfera juntando por igual a idiomas, sensibilidades, idiosincrasias. Al final de la jornada —literal y metafóricamente— no tendría que ser tan difícil departir con nuestras disparidades, por benéficas o irremediables que se muestren. El planeta es uno solo y no es poco relevante cohabitar la misma esfera, lo suficiente para intentar avizorar, por lo demás, la tierra prometida apelando a una concomitancia esencial: la condición humana.

Dicho lo anterior, este volumen contiene la transcripción de la conversación con Noam Chomsky en su lengua original y su traducción al castellano, secundada de una terna de asedios a la obra del filósofo norteamericano emprendidos respectivamente por tres de los ocho docentes del claustro profesoral del CETYS embarcados a la cita en Tucson. Mientras Carlos González Palacios se aboca a bosquejar la semblanza del versátil autor incardinado en el cuadrante del llamado socialismo libertario, Teresita Higashi Villalvazo aborda el filón pedagógico y teórico de Chomsky, cediendo el desenlace de este circuito de elucubraciones a los vínculos del clarividente imaginario de Noam Chomsky con el tópico de los medios de comunicación explorado por Liliana López León. Una estrella de tres puntas, en síntesis, que no aspira a agotar la cardinalidad de la vasta bibliografía del también politólogo, sino a proponer vectores de análisis e interpretación a su bagaje de aseveraciones, facilitando al curioso la posibilidad de adoptar atajos de lectura que suministren más ingredientes de comprensión de la realidad social, en un periodo en que el ocaso de las ideologías ha redimido un vacío encarecido por la enajenación del consumismo y el desapego de la comunicación electrónica.



Noam Chomsky. Foto: Jorge Ortega.